

más inicua que acreditar entre los hombres un error tan monstruoso?

Si Jesucristo no había resucitado, ¿qué había de más extravagante que afirmar esa resurrección en presencia de hombres que, á tal afirmación, respondían con los suplicios y con la muerte?

Y los doce discípulos de Cristo ni eran hombres impíos, ni eran locos. La historia nos hace conocer que eran hombres humildes, caritativos, rectos y honrados.

No es posible racionalmente admitir que esas cualidades estuviesen juntas con una perversidad tan espantosa y una impiedad tan profunda.

Ni se puede decir que eran visicnarios.

Lejos de ello, lo que más resplandece en su conducta es su poco ardor ó más bien dicho su excesiva lentitud para admitir la resurrección de Cristo.

Rechazan la relación que sobre el acontecimiento les hicieron las santas mujeres que venían del sepulcro.

Cristo mostrándose á ellos les dice: "Ved mis manos y mis piés, soy yo: tocad y ved: un espíritu no tiene ni carne ni huesos como veis que yo los tengo."

Y ni aun así creían los apóstoles: fué necesario que coniera en su presencia, para probarles la realidad de su cuerpo.

Para triunfar de la incredulidad de uno de ellos le dice: "Acércate, meto tu mano en mi costado y no seas, más, incrédulo."

Todavía en la montaña de Galilea, la última vez que se dejó ver de sus discípulos, había entre ellos muchos que dudaban.

Así lo hace notar San Mateo.

No puede haber medios más á propósito para precaverse contra las turbaciones del espíritu contra las ilusiones de los sentidos.

Si, á pesar de todas estas precauciones, afirmaron, al precio de su sangre, la resurrección de Cristo, era preciso que estuvieran vencidos por la evidencia.

Pero no solamente la evidencia corona el hecho de la resurrección, lo corona también la más grande publicidad.

Para que la resurrección de Cristo confirmara su doctrina, era necesario que el testimonio de los apóstoles hiciese irradiar por todas partes las claridades de su evidencia.

El primer teatro de la publicidad se encuentra en el pueblo.

Ante esas masas movibles y apasionadas, ante ese mar agitado de la multitud cuyas olas sepultan bajo sus cóleras tantas grandes palabras, tantas convicciones fuertes y profundas, ante el pueblo, fué donde sufrió el testimonio de los apóstoles su primera prueba de publicidad.

El día de Pentecostés, cuando por designio de Dios estaban en Jerusalén todas las naciones de la tierra para representar al mundo antiguo, en este momento solemne, Pedro levantó su voz y dijo: "Hombres de Judea y vosotros todos los que habitais en Jerusalén, escuchad estas cosas: Jesús de Nazaret, famoso por las maravillas que ha obrado entre vosotros, murió como vos lo sabéis; pero Dios lo ha resucitado según estaba predicho: nosotros somos testigos. Que la casa de Israel lo sepa bien; Jesús á quien habéis crucificado resucitó."

Y esta palabra de Pedro fué escuchada por Partos, Medos y Elamitas, por habitantes de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y de la Asia, de la Frigia y de la Panfilia, de Egip-

to y de Lidia; allá había Judíos, Cretenses, Arabes y Romanos.

Y no sólo ante la asamblea del pueblo, siempre ávido de prodigios y de novedades, fué donde se escuchó la palabra de la resurrección.

Se hizo escuchar ante un segundo público, menos fácil y más precavido, el Consejo de los Grandes.

«Aconteció, dice el Evangelio, que los jefes del pueblo, los Ancianos y los Escribas se reunieron en Jerusalén con Anás y Caifás y con todos los que eran del linaje sacerdotal: hicieron comparecer ante ellos á los apóstoles y les preguntaron, ¿en nombre de quién habeis hecho esta acción?»

«Pedro respondió: Príncipes del pueblo y vosotros ancianos escuchad: declaramos á todos vosotros y á todo el pueblo de Israel que la curación que hemos hecho ha sido en nombre de Cristo, á quien vosotros crucificasteis y Dios ha resucitado.»

No se detuvo aquí la publicidad de la palabra redentora; se había hecho escuchar ante el número, que son las muchedumbres; se había hecho oír ante la fuerza; que es el consejo de los grandes.

Era preciso que la ciencia la escuchase.

Cierto día entraba un buque en Atenas y de él salió un extranjero que dirigía sus pasos hacia esta famosa villa.

Sólo había en esa ciudad famosa algunos restos de Epicuro y de Cénon que se arrastraban penosamente bajo las bóvedas silenciosas del Liceo ó en los jardines desiertos de la Academia.

De su ciencia y de su gloria no conservaba más que un recuerdo; el antiguo Areópago.

Cuando este extranjero hubo sacudido el polvo de sus piés, ante estos majestuosos restos de los tiempos pasados, entró al Areópago y de pie dijo: Atenienses, atravesando vuestra Ciudad, he encontrado un altar en el que está escrito: 'Al Dios desconocido.'

«A este Dios que adorais sin conocer es al que yo vengo á anunciaros; es el Dios que ha hecho el cielo y la tierra y que en la plenitud de los tiempos envió á su hijo, cuya misión ha confirmado resucitándolo de entre los muertos.»

El número, la fuerza y la ciencia han escuchado el testimonio de los Apóstoles; los ecos del mundo lo han repetido de un extremo al otro extremo, uniendo así á la más alta evidencia la más grande publicidad, como el astro que hace

brillar en todos los lugares su luz fecunda y subyuga los ojos á medida que esparce en derredor de sí el esplendor de sus rayos.

El hecho de la resurrección está coronado también por la más alta creencia.

Todos los espíritus aceptan la realidad de la resurrección de Cristo.

Ese asentimiento lo atestigua la existencia de la más grande sociedad que ha existido en el mundo: la sociedad cristiana. La resurrección es el fundamento de la sociedad cristiana, es su raíz histórica y dogmática, es su término inicial, su punto de partida.

Si la fuerza de una creencia se mide por su irradiación, por su duración y por su fecundidad, la creencia en la resurrección de Cristo, principio universal y sostén perpetuo de una sociedad inmensa como el espacio é indefinida como el tiempo, es lo más firme que se puede imaginar.

Y como á esta creencia, sin semejante en el mundo, corona un testimonio tan auténtico como brillante, infiérese que el hecho más prodigioso es también el más cierto.

Cristo, pues, resucitó verdaderamente.

Si Cristo resucitó es Dios, porque en primer

lugar, El predijo de la manera más formal el milagro de la resurrección.

“Subimos á Jerusalén, decía, y allí seré flagelado, crucificado, y después resucitaré al tercer día.”

Los judíos mismos testificaron esa predicción, llevando sus alarmas al pretor romano y pidiéndole que guardara el sepulcro.

Mostró así su ciencia divina.

Cristo mismo, en segundo lugar, alegó su resurrección como una marca infalible de su divinidad.

“Esta generación malvada, dijo un día, pide un milagro, y no se le dará otro más que el de Jonás; á ejemplo de este el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el sepulcro.”

Claro es, entonces, que haciendo brillar este signo, este milagro, á los ojos de los hombres, Dios ha marcado con sello irrefragable la palabra y la misión de su hijo.

Cristo, al predecir su resurrección, no teme atribuirse á El mismo este milagro de la omnipotencia divina.

El se levanta de la tumba no por una fuerza extraña, sino por su propia virtud: “Destruid este templo, decía á los judíos, y en tres días yo lo reedificaré.”

Resucitar, por propia virtud, es carácter exclusivo de la divinidad.

Si Cristo resucitó, y resucitó por propia virtud, es Dios.

De otro modo Dios habría confirmado, de una manera brillante, la usurpación más sacrilega, y entonces Dios no es Dios.

Preciso es repetir lo que en otros artículos hemos dicho, entre el ateísmo y la divinidad de Cristo, la lógica no encuentra medio.

La resurrección de Cristo prueba su divinidad.

Cristo nació como Dios, vivió como Dios, murió como Dios, y resucitó como Dios.

Pero no era posible que tanto poder, tanta sabiduría y tanta grandeza tuviesen por término una cruz y un sepulcro.

Cristo debía reinar sobre la humanidad.

Y reinó, en efecto, estableciendo en medio de los hombres, un reino divino, á través de los imperios destruidos, de los cetros hechos pedazos, de las razas extinguidas; un reino que ha sobrevivido á todos los reinos de la tierra, renovando perpetua-

mente su juventud en la majestad de los años y sacando de su pasado fuerza para el porvenir.

Ese reino de Cristo sobre las inteligencias, sobre los corazones y sobre las almas, es un reino que no ha tenido ni tendrá semejante: ese reino ofrece otra prueba de la divinidad de quien lo fundara.

Para hacer esta demostración enteramente perceptible, es necesario investigar qué cosa es reinar, qué cosa es reinar sobre las inteligencias y qué cosa es reinar, como Dios, sobre esas inteligencias.

Reinar, atendido el origen de la palabra, es dirigir á los hombres hacia un fin determinado, es decirles: "Para llegar á tal fin debéis reuniros, poner en común vuestros recursos y vuestros trabajos, estrechar vuestras filas, tomando tales medios para remover obstáculos y allanar los caminos; y después de haber conseguido ese fin, conservar lo que se haya adquirido, extenderlo y desarrollarlo."

Esto es lo que la soberanía dice, en el individuo, por la razón que le domina; en la familia, por la voz de su jefe, en la sociedad, por la boca del príncipe.

Cuando no habla así, cuando no puede dirigir á los miembros del cuerpo social á un fin determinado, desaparece, dejando el sitio á la anarquía.

Cuando en los hombres la razón no tiene esa fuerza, ni en la familia el padre, ni en la sociedad el príncipe; el individuo, la familia y la sociedad se asemejan á una nave que, sin piloto y sin timón, boga á merced de los vientos, asaltada por las olas y combatida por las tempestades.

Es decir, soberanía que no dirige, no tiene de soberanía más que el nombre.

El atributo esencial de la soberanía es dirigir á un fin determinado.

Pero la dirección á un fin determinado, el señalamiento de los medios para llegar á ese fin, puede ser obra de un consejo.

No basta eso para reinar: se necesita algo más que una simple dirección; se necesita una dirección poderosa y fecunda que no se limite á indicar el bien y los medios, sino que prescriba el fin y ordene los medios.

Es preciso una autoridad que descendiendo de lo alto é irradiando á lo lejos, pida respecto y exija sumisión: sin esa autoridad, la dirección es vana y la soberanía quimérica.

Una soberanía que no manda, no merece ese nombre, como no lo merece la que no dirige.

Así es que reinar es dirigir á los hombres á un fin: este es su primer elemento: pero dirigirlos con autoridad, este es su segundo elemento.

Se necesita además una línea determinada de dirección.

De otro modo, el gobernante estaría sin regla, gobernaría por capricho ó por fantasía: esto sería tiranizar, no reinar.

Necesítase, en consecuencia, como tercer elemento de la soberanía, una ley que arregle su ejercicio; ya una ley general que rijá la naturaleza humana, ya una ley especial aplicable á cierto tiempo ó á cierto lugar.

Una soberanía sin ley es una fuerza ciega, es un arbitrio sin freno, es un atentado al derecho, es una violación de los principios, es un insulto á la dignidad humana.

Y la soberanía debe ser lo contrario, debe tender al mantenimiento de los derechos y de los principios, á la protección de los intereses legítimos, á la salvaguardia de la dignidad humana.

Reinar, por lo mismo, es dirigir con autoridad

á los hombres hacia un fin cierto según una ley determinada.

¿Qué cosa es, preguntamos, reinar sobre las inteligencias?

¿Es posible dirigir las á un fin, con autoridad?

Esto es posible, se ha visto en el mundo.

Aparece, como ha aparecido alguna vez, algún hombre que tenga en medio de sus semejantes el cetro de las ideas, que reine como soberano sobre las inteligencias de su época, que las agrupe al derredor de su pensamiento, que les imprima una dirección feliz, que les dé un impulso casi irresistible, que las gobierne, en una palabra, con la autoridad de la ciencia y del genio.

Esto se ha visto en el mundo; ha habido siglos literarios, siglos científicos, es decir, ha habido cierto número de inteligencias que se han inclinado con respeto ante tres ó cuatro hombres bajo los rayos que han partido de sus frentes.

Es posible, entonces, dirigir las inteligencias.

¿Y cuál es el fin á que deben ser dirigidas?

Evidentemente no puede ser diverso del fin mismo, para el cual las inteligencias han sido creadas, es decir, la verdad.

Así es que, se puede reinar sobre las intelligen-

cias, se les puede dirigir con autoridad hacia la verdad.

¿Pero á qué ley debe someterse quien dirige á las inteligencias? ¿qué se necesita para que una inteligencia se someta á la dirección de otra?

Bastará la autoridad, la palabra del que dirige, para arrancar el consentimiento de la inteligencia que se propone dirigir? Evidentemente no; ningún hombre merece ser creído por su palabra.

Para obtener el asentimiento de una inteligencia, es necesario presentar la verdad, clara y luminosa; de no ser así, esa inteligencia se levantará contra quien quiera imponérsele, defendiendo su derecho, que consiste en no obedecer más que á las leyes de la evidencia.

Si á un hombre se le propone un misterio que no puede comprender y si pregunta que se le explique, no debe responderse que así es, que no tiene que explicársele, que debe aceptarlo, porque el que lo propone afirma que es la verdad.

Si así se le respondiera, se reiría, y con razón, porque el hombre tiene derecho de tocar lo que se le dice, de comprenderlo, de examinarlo, de verificarlo por sí mismo, de admitirlo ó rechazarlo si á bien le parece: esa libertad constituye su fuerza.

Ningún hombre se ha presentado á la humanidad diciéndole: las cosas que yo anuncio no podéis verlas ni comprenderlas; sin embargo, ordeno que las creais y lo que os garantiza la verdad de lo que digo soy yo que lo afirmo y esto basta.

La humanidad, al escuchar á este hombre, diría lo que dijo un Apóstol en ocasión solemne: yo no creo, si no veo, *nisi videro, non credam*.

Esta es la ley de todos los tiempos y de todos los lugares: esta es, digamos así, una ley de la humanidad.

El hombre no se rinde á la razón del hombre, sino vencido por la evidencia.

En consecuencia, reinar sobre los espíritus, es dirigirlos con autoridad en el sentido de la verdad por la luz de la evidencia.

Así pueden reinar los hombres sobre las inteligencias, presentándoles con claridad deslumbradora las verdades que desean que se conozcan y acepten.

Un hombre, en la plenitud de los tiempos, siente en su corazón fuerza para decir á la humanidad: Yo soy la luz del mundo; en mi doctrina, la sabiduría humana no hallará más que un misterio ó una locura; sin embargo, exijo que toda inteli-

gencia la acepte, que haga de ella la regla de su pensamiento y la ley de su vida. No quiero reinar sobre las inteligencias por la luz de la evidencia, quiero que crean sin ver, que escuchen sin comprender; quiero, en una palabra, reinar por la luz de la fe.

Y este hombre, que así hablaba, extendió realmente su soberanía sobre las inteligencias, sobre los pequeños y los grandes, sobre los reyes y los pueblos, los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes.

El genio se inclinó ante su palabra, la ciencia aclamó sus misterios, el mundo civilizado vivió de su doctrina, las calumnias contra él dirigidas no han servido más que para consolidar su soberanía, los ataques de que ha sido objeto no han hecho más que engrandecer su doctrina y desenvolverla.

Durante diez y ocho siglos la humanidad, suspendida de los labios de ese hombre, ha preferido la aparente locura de un símbolo misterioso, á las luces de sus sabios y á los sistemas de sus filósofos y ha considerado como un crimen, ya no el desprecio ó la negación de esa doctrina, sino la simple duda sobre una sola de sus palabras.

Un reino tan extraño, que se funda en dogmas incomprensibles, ha subyugado las inteligencias á despecho de sus preocupaciones, ha conservado su imperio sin pérdida ni decadencia y se ha extendido á medida que florecían las ciencias, las letras y las artes.

Cuenta como súbditos á todos los pueblos civilizados; fuera de su seno no hay más que pueblos salvajes y razas bárbaras: todo pueblo que viene á este reino, encuentra en sus misterios la luz y la vida; toda nación que de su seno se aparta vuelve á caer en las tinieblas de la muerte.

Reinar así sobre las inteligencias, no es reinar como reina un hombre.

Un hombre para triunfar de una sola inteligencia, aun por las luces de la evidencia, trabaja en extremo.

Gobernar tantos espíritus, al menos la mayor parte de las inteligencias cultivadas, hacerlas aceptar misterios, cosas incomprensibles, sin permitirles la menor duda, ni la más leve vacilación, esto es reinar sobre las inteligencias como Dios.

Así ha reinado Cristo.

Se presentó al mundo con misterios incom-

preñables y extendió su soberanía sobre los espíritus.

Han tratado de disputarle el cetro de las inteligencias y no lo han conseguido.

El judaísmo quiso retener á la humanidad bajo el yugo de sus prácticas ya entonces estrechas y serviles, y Cristo la arrancó de ese poder degradado y envilecido.

El paganismo opuso á los misterios del Evangelio el brillo de sus fábulas, el prodigio de sus poesías, la ciencia de sus sofistas y la elocuencia de sus oradores; pero Cristo, sobre las ruinas del viejo mundo, levantó el reino espiritual de la fe.

Los bárbaros quisieron renovar la faz del mundo, pero Cristo hizo que esos fieros hijos del Norte bajaran su orgullo ante la humildad de la Cruz; y desde entonces los hombres, divididos por el origen, por el interés, por el genio, se acercan y al fin se confunden en esa inmensa sociedad de inteligencias que se llama la república cristiana.

Y esa república subsiste.

La dominación intelectual de Cristo ha sobrevivido á la caída de las dinastías, á las ruinas de los imperios y á la decadencia de las naciones.

Algunas voces discordantes se han levantado

contra ella, pero la han dejado intacta y siempre más vigorosa.

La fe cristiana palpita en la vida de las sociedades, en sus instituciones, en sus leyes, y se refleja en los monumentos del arte y en las obras del genio.

La historia y la filosofía, la poesía y la elocuencia, han dado al reino de Cristo sus mejores ingenios.

La fe cristiana ha sido la fe de Dante y de Tasso, de Corneille y de Racine, de Shakespeare y de Milton.

La fe de Cristo ha sido la fe de Agustín y de Tomás de Aquino, de Bossuet y de Fénelon, de Descartes y de Mallebranche. La fe cristiana ha sido la fe de Galileo, de Pascal, de Bacon, de Leibnitz y Newton.

Lo que hace la gloria de la soberanía de Cristo sobre las inteligencias, es que lleva la luz á los que la aceptan y condena á la barbarie á los que la rechazan.

Fijando los ojos en la carta del mundo, se encuentra la humanidad dividida en dos partes, en dos zonas: la de los pueblos civilizados y la de los pueblos que no lo son.

Y no hay un pueblo civilizado que no haga parte del reino inteligente de Cristo?

No hay una raza, por bárbara que se la suponga, que al recibir la fe de Cristo no reciba, al mismo tiempo, la luz y la vida?

¿Hay alguna nación, por civilizada que sea, que al apartarse del reino de Cristo, no vuelva á caer en las tinieblas de la muerte?

Allí está Africa, donde brillaron Tertuliano y Cipriano; no es más que un desierto que sólo sirve para mostrar al viajero las huellas de una civilización extinguida y los vestigios de una gloria eclipsada.

El Oriente, antes foco de luz, no es más que un campo de árabes y de tártaros.

No hay remedio; Cristo gobierna las inteligencias de un modo admirable.

La dominación intelectual de Cristo, después de haber desafiado al tiempo y al espacio, á las ciencias y á las pasiones, á los hombres y á las cosas, se encuentra hoy ancha como el mundo, elevada como el cielo, vigorosa como la muerte.

Esta no es una soberanía humana; el reino de Cristo sobre las inteligencias, prueba su divinidad de un modo evidente.

Reinar sobre las inteligencias, tener sujetos dieciocho siglos bajo el yugo de la fe y erigir sobre misterios la soberanía universal de los espíritus, es, reflexionando seriamente, una soberanía más que humana; es, sin duda, un reinado divino.

Esto, sin embargo, no basta para reinar, como Dios, sobre la humanidad.

No basta tener trescientos millones de inteligencias cautivas bajo el imperio de la fe.

No basta gobernar los espíritus.

Hay en el hombre una facultad más poderosa que la inteligencia; algo más imperioso y soberano que se oculta en los repliegues del alma, que penetra hasta las últimas profundidades de la humana naturaleza.

Aunque se haya triunfado del espíritu por las luces de la ciencia ó de la fe, no se ha obtenido victoria completa.

Tras de la muralla del espíritu que acaba de abrirse á la verdad, el hombre se oculta en lo que tiene de más íntimo y de más secreto, se replega en lo más escondido del alma con su poder de amar y de odiar, y allí espera que, demolidas las barreras del entendimiento, vengan á forzarse las avenidas del corazón.

Allí está la fuente de nuestras afecciones, el foco de la vida.

Si no dominamos el corazón, el hombre se escapa con lo que tiene de más precioso y más fuerte.

Cristo que ha reinado, como Dios, sobre las inteligencias, ha reinado, también como Dios, sobre los corazones.

Su reinado sobre el corazón de la humanidad, viene á darnos una nueva, brillante prueba de su naturaleza divina.

Reinar es, como ya lo dijimos, dirigir con autoridad, gobernar según una ley.

¿Cuál es esa ley, en el gobierno de los corazones?

¿Qué cosa es lo que triunfa de ese poder íntimo, de esa potencia, al parecer, tan débil, y, sin embargo, tan vigorosa, como la voluntad humana?

El temor, con evidencia, es impotente para gobernar los corazones.

El temor podrá reprimir los arranques del corazón, podrá encadenar su vuelo, podrá poner sobre él una mano de hierro; pero nunca podrá impedir que palpite, que palpite libremente, que palpite por quien él quiere y que palpite todo el tiempo que le plazca.

En medio de las cadenas, bajo la presión de las violencias, el corazón queda libre siempre.

Los generosos cristianos de los primeros siglos decían á los Césares que les arrebataban sus bienes, sus familias y hasta la vida: Nada importa; nos queda un tesoro que no podéis arrebatarnos, es nuestro corazón y este corazón es para Dios.

No es el temor el que gobierna los corazones y el que triunfa de ellos.

Tampoco los domina el respeto; el respeto no penetra el corazón.

Se respeta al genio, á la autoridad, y, sin embargo, no se da el corazón á todo lo que posee una alta inteligencia, á todo lo que lleva una espada temible.

Y es que hay cosas que inspiran respeto, sin hablar al corazón.

Cuando en los primeros días de la infancia, una figura angélica se inclina sobre nuestra cuna para recibir nuestros suspiros y secar nuestras lágrimas, al contacto de esos labios castísimos que encierran una mezcla de pureza y de ternura, sentimos que nuestros corazones se escapan.

Cuando más tarde el testigo y confidente de nuestros años juveniles llama á la puerta de nues-